44
8.01.501

R. 402651

105.108
17

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SALAMANCA

CARTAS
DE ABELARDO
Y HELOISA.

CARTAS
DE ABELARDO
Y HELOISA
EN VERSO CASTELLANO.

LAS DA A LUZ

D. FRANCISCO DE TOXAR.

CON LICENCIA.
EN SALAMANCA: POR EL EDITOR.
AÑO DE 1796.

EL EDITOR.

Las célebres cartas de Abelardo y Heloïsa han interesado siempre á todo género de personas, tanto piadosas como profanas. Cada una las ha mirado con ojos diferentes; pero el Filósofo Christiano no puede menos de ver en ellas la prue-

ba mas sensible de las verdades que la revelacion divina nos ha dado de la naturaleza del hombre interior. En vano se cansan los Filósofos en averiguar y explicarnos la causa de la lucha de las pasiones y la razon, reconocida por todos, confesada por Ovidio, y mas claramente por San Pablo. Nadie en efecto la explica mejor que los Sagrados Escritores, por lo qual con razon se ha escrito, que aunque el pecado original parezca in-

comprehensible al hombre, todavía el hombre es mas incomprehensible á sí mismo sin el pecado original, y es seguro que de ningun otro modo se comprehende mejor como pueda haber en el hombre entendimiento claro y voluntad perversa, razon desengañada y mal inclinada voluntad, como á cada paso lo vemos, que con la doctrina del Evangelio. La concupiscencia, ó sea el apetito depravado y rebelde, que el

primer pecado causó, origina, pues, esta contínua oposicion, que cada uno siente dentro de sí, y por la qual cada uno puede decir con el Apóstol: (*) „ No hago el bien que juzgo „ bueno, sino el mal que abor- „ rezco y condeno..... Juzgo „ bien de la Ley de Dios se „ gun el hombre interior; pero „ veo otra ley en mi mismo „ apetito que contradice á la

---

(*) *Ad Rom. cap. VII. ¥¥.* 19. 22 *y* 24.

„ ley de mi espíritu, y me lle-
„ va cautivo en seguimiento de
„ la ley de pecado. Desventu-
„ rado yo, ¿y quién me podrá
„ librar de la maldad mortal
„ de este cuerpo.....?" La Gra-
cia divina, he aquí la que dá
la victoria á la razon; su menos-
precio dexa triunfar á las pasio-
nes que nos hacen la guerra,
y que los Autores Asceticos
explican baxo el nombre de
carne, siguiendo la letra de
los sagrados libros.

Por no escuchar los divinos llamamientos y menospreciar los consejos de la Gracia, Abelardo y Heloïsa se engañan á sí mismos, y confiando en su razon, y aun en sus austeridades, se fatigan en vano, y su pasion les hace á veces delirar en sus cartas, sin que puedan hablar en razon, sino en aquellos momentos en que un rayo de la Gracia les alumbra. La penitencia, la vida retirada, dexan dos enemigos vencidos; pero la

carne queda, las pasiones nos acompañan siempre, y nuestra depravada naturaleza se dexa siempre vencer, si la divina Gracia no es en nuestra ayuda. La oracion es, pues, el mas eficáz remedio, es indispensable: ú orar, esto es, ó pedir á Dios los auxîlios de su gracia, ó ser víctima de la concupiscencia y la ley del pecado. Abelardo y Heloïsa viven la vida monástica, ella es el camino mas seguro de la ley de Christo; pero

sin su gracia el Monge, como el mundano, cae en los lazos de sus interiores enemigos. Las pasiones son siempre temibles, y el desgraciado que se dexa arrastrar de sus atractivos, viene al fin á ser despojo de su furor. Abelardo y Heloïsa saben la morál evangélica, y Teólogos y Escriturarios están ciegos con toda su instruccion quando escuchan su amor y sus deseos. Despues de tan terribles exemplos ¿qué diremos de la razon? Que la ra-

zon sola nada puede, sino escucha los divinos llamamientos. Hoy mas que nunca es menester poner en claro esta verdad, que destruye la moral de los Filósofos impíos, y el jóven Christiano sacará de la lectura de estas Cartas amorosas, que la pasion arraigada es casi invencible: que la que hace la desdicha de Abelardo y Heloïsa es una de las mas temibles en la juventud: que en qualquiera edad es necesaria la divina Gracia para ven-

UNIVERSITARIA
SALAMANCA
BIBLIOTECA

cerlas todas: que la penitencia y el retiro son unos eficaces medios para conseguirlo; pero que si la oracion no nos alcanza la Gracia celestial, nunca podremos triunfar de ninguna de ellas.

¿Mas dónde voy? El motivo que me anima á dar á luz estas Cartas, me ha hecho exceder hablando de una materia superior á mis luces, aunque conforme al deseo que he tenido de que el público las lea con el escarmiento y fruto que pue-

den producir. Hoy que se confia mas en las luces del entendimiento, que en la Gracia de Jesu-Christo, no será inútil publicar unos exemplos que son una prueba bien sensible y real de los perjuicios de tan errada práctica y doctrina.

Con el mismo objeto se han puesto las notas que llamarán á su lectura con las citas de sus correspondientes números.

Nada digo del mérito literario de estas Epistolas, que

tienen seguramente una locucion y versificacion facil, y valentía y expresion particularmente en los versos de Heloïsa, porque como queda dicho, mi ánimo principal no es presentarlas al público baxo este punto de vista. Los aficionados á la poesía distinguirán su mérito como les parezca, sin necesidad de mis prevenciones, y *se harán cargo de todo.*

Felix Prieto lo Grabó en Salamanca 1796.

IDEA
DE LOS AMORES
DE ABELARDO.

Pedro Abelardo nació en Francia el año de 1079 en la Provincia de la Bretaña, á quatro leguas de Nántes: cultivó las letras desde su niñéz, y fue á estudiar á la Capital con Guillermo Champeaux, sábio Teólogo, cuya reputacion y orgullo abatió bien presto. To-

mó conocimiento con una jóven llamada Heloïsa *ó* Luisa, *nombre derivado de* Heloy, *que significa* Divinidad, *y en verdad ella era un prodigio de talento y de belleza. Estas dos personas bien conocidas en su siglo por las luces de su espíritu, y por la sensibilidad de su alma, se vieron y se amaron, y habiendose jurado un amor eterno, tomaron las medidas para entregarse sin peligro á su pasion.*

Heloïsa vivia con Fulbert, Canónigo de París, su tio y tutor; quien aceptó sin dudar el partido que le hizo Abelardo de tomar un quarto en su casa, pagandole una pension, y de instruir á Heloïsa. Fulbert tuvo la condescendencia de permitir al Preceptor pasar con Heloïsa noche y dia, y aun de castigarla quando era indocil á sus lecciones. Los amantes se aprovecharon de esta libertad, y vivieron felices en los brazos del

amor. Mas este comercio secreto se hizo público, y Fulbert lo descubrió por unas canciones que el cantaba, y echó á Abelardo de su casa.

Entretanto Heloïsa se halló en cinta, de lo que hizo sabedor á su amante, que dispuso robarla, y la embió á casa de una de sus hermanas á Bretaña, cuyo suceso llenó de dolor y cólera al Canónigo: para apaciguarle prometió Abelardo casarse con Heloïsa; pero por un

exceso de amor singular, que-
riendo ésta ser mas bien la da-
ma que la muger de Abelardo,
se resistió por mucho tiempo á
ello, hasta que á repetidas ins-
tancias de Abelardo, consintió
en el matrimonio, que efectiva-
mente se celebró en secreto muy de
mañana, y en presencia de pocos
testigos, en una Iglesia de Pa-
rís. Mas para tenerlo en silen-
cio, entró Heloïsa por direccion
de su amante en el Convento de
Argentevil, donde andaba con

habito de Religiosa, y donde negaba en la ocasion, hasta con juramento, que Abelardo era su esposo.

Fulbert, creyendo por esto que aún se le engañaba, formó é hizo executar el afrentoso proyecto bien sabido, con el que el amante dexó de ser hombre: unos malvados introducidos de noche en casa del infelíz Abelardo, le redugeron al estado de Origenes. Fulbert pagó el atentado con la confiscacion de

sus bienes, y los executores con la pena del talion.

No es posible expresar el dolor de Heloïsa, quando supo esta horrible nueva: Abelardo, curado de su herida, fue á ocultar su vergüenza en el Claustro de San Dionisio, y tomó el habito de Religioso, obligando á Heloïsa á seguir su exemplo.

Algun tiempo despues de su separacion, una carta de Abelardo, dirigida á un Amigo, que contenia la historia de sus

desgracias, cayó en manos de Heloïsa: este escrito despertó toda su ternura, y ocasionó las famosas cartas que tenemos de ellos, y que pintan tan vivamente los combates de su violenta pasion.

Despues de muchos pesares, persecuciones y reveses, los amantes se reunieron en Paracleto, *nombre que Abelardo habia dado á una especie de hermita, que habia fundado en Champaña, la que vino á ser*

despues un Convento de Monjas, del que Heloïsa fue la primera Superiora.

Abelardo pasaba alli una parte del año, pero la calumnia los persiguió hasta en esta soledad, y los dos amantes se vieron obligados á decirse un adios eterno.

Abelardo murió en el Priorato de San Marcelo á 21 de Abril de 1142, de edad de 63 años: su cuerpo fue embiado á Heloîsa, quien le enterró

en el Paracleto. Heloïsa murió en la misma edad el año de 1164, y fue enterrada, siguiendo su ultima voluntad, en el sepulcro de su amante. Uno y otro han dexado monumentos tiernos é inmortales de su espíritu, de su erudicion, de su gusto, y de sus infortunios.

La Epistola siguiente es una imitacion amplificada y poetica de su historia.

EPISTOLA
DE HELOISA.

HELOISA

A

ABELARDO.

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asílo,
Donde reyna la paz sincéra y justa
En sosegado y plácido retiro,
Y la virtud austéra y penitente
Sujéta á la razon el alvedrio,
¿Qué tempestad, qué horror tan impensado

Vuelve á turbar el corazon tranquílo
De esta debil muger? ¿Qué nueva llama
Se aviva en lo interior del pecho tibio?
¿Quién renueva mi ardor mal apagado?
Amor, cruel Amor, ¿tu fuego antiguo
Empieza á renacer en mis entrañas
Despues de tantos años? ¡Qué delirio!
¡Infelíz Heloïsa, ya pensabas
Haber de amor el fuego sacudido,
Y aún amas y conservas encubierto
De engañosa ceniza un fuego vivo!
¡O Abelardo! ¡O placer! ¡O dulce nombre!
Estos rasgos de mí tan conocidos,
Esta carta, estos tristes caractéres,
Por tan preciosa mano dirigidos,
Cien veces los he visto, y otras tantas
A mi amorosa boca los aplico.
Sí, Abelardo, cien veces y otras tantas,
O Abelardo, mi bien.... ¿Pero qué digo?

¿Y en esta soledad tan tierno nombre
Me atrevo á pronunciar, y aún á escribirlo?
Perdona Dios benigno, á tus Altares
Inmenso Dios me postro y sacrifico:
Tu ley, tu ley terrible me prohibe
Escribir al Esposo mas querido,
Y Heloîsa obedece á tu mandato.... 1.
¡Pero qué en vano á resistir me anímo!
Si el corazon me dicta las palabras,
¿Cómo podrá la pluma resistirlo?
¡O triste soledad! ¡O horror! ¡O claustros!
¡Prisiones infelices del destino!
Mármoles insensibles, piedras duras
Pues no os puede ablandar el dolor mio,
Yertas cenizas, cuyas sombras frias
Aplacamos con flores y con hymnos,
¡Quién fuera qual vosotros insensible!
En vano desde el trono del Empireo
Me llama todo un Dios, mi pecho cede

De la naturaleza al yugo indigno.
En vano invoco al Cielo en mi socorro,
La oracion, las plegarias, los cilicios,
Mi llanto y confusion no son bastantes
Para aplacar la llama que respiro.
Apenas vieron mis turbados ojos
La carta que escribistes á tu amigo,
En aquel mismo instante ¡ó ABELARDO!
Se renovó el dolor de mi martyrio.
Acá á mis solas te contemplo y veo,
Y á veces me parece que te miro
Con placentero y alagüeño rostro,
La sien ceñida de amoroso mirto,
Gustoso y satisfecho, entre mis brazos
Rendir al Dios de amor tus sacrificios;
Otras te miro solitario y triste,
Cubierto de cadenas y cilicios,
Pálida la color, y el rostro hermoso
Con ayunos y lágrimas marchito,

En la quietud del ignorado claustro
Buscando en los Altares el arrimo,
Alli la Santa Religion, opuesta
A nuestro amor, intenta desunirlo;
Y cortando cruël con vïolencia
Lazos con tanto amor y tiempo unidos,
Quiere hacer de ABELARDO y HELOÏSA
Dos séres olvidados de sí mismos.
¿Y podremos, podremos sin desdoro
Menospreciar lo mismo que quisimos?
¿Abandonar la fé, el amor, la gloria
Y el bien con tantas penas adquirido?
No ABELARDO, no puede tu HELOÏSA
Vivir indiferente á su destino.
Escribeme, formemos otros lazos:
Yo lloraré tus males, tú los mios:
El eco acostumbrado tantas veces
A oir lamentos de amadores finos,
Repetirá tus quexas y las mias.

¿Podrán quitarnos nuestros enemigos
Hasta el consuelo escaso de querernos?
¿Nos privarán aún de este triste alivio?
Mis lágrimas son mias libremente;
Regar con ellas puedo el suelo frio.
¡Mas ha! que tú ABELARDO, tú me dices
Que el llanto en que me anego y aniquílo
Tan solamente se le debe al Cielo,
Al Cielo que tenemos ofendido.
¡Pero qué en vano intentas persuadirme!
Todo al perderte, lo perdi contigo.
Al contemplar que para mí no vives,
Que no te he ver mas, que te he perdido,
A tí solo mis lágrimas se deben,
Por tí yo peno y lloro de contíno.
Hazme saber tus males ó tus bienes,
Escribeme, ABELARDO, yo lo pido.
El arte de escribir, dón de los Cielos,
El arte encantador y seductivo

De oir, de hablar, y de tratar sin verse,
Un comercio tan dulce y tan activo,
Sin duda fue invencion de dos amantes,
El puede hacer pasar un fiel suspiro
Del frio Bóreas al opuesto Antartos.
¡Que bien que expresa un sentimiento fino
En la agitada pluma de un amante
La sincera eloqüencia del cariño!
Allí sin el rubor que turba el alma,
Ostenta amor su plácido dominio,
Y viera sin rodeos ni apariencias
Su ardiente llama el corazon sencillo.
Nuestra union fue legítima y sincera,
Los hombres la acusaron de delito, 2.
Y el Cielo, el mismo Cielo se resiste.
Quando se unió tu corazon al mio,
Quando tú me ofreciste con el nombre
Sagrado de amistad el amor mismo,
Me pareció que tus hermosos ojos

Daban un resplandor puro y activo.
Turbada con tu vista, anonadada
En el gustoso error de mis sentidos,
Yo misma me buscaba los engaños,
Y preparaba á mi prision los grillos.
Te tube por mi Dios, yo lo confieso,
No tube mas querer, mas alvedrío
Que el mover de tus labios amoroso.
Tú me pintabas el amor benigno,
Afable, bienhechor, tierno y humano.
Con esto de tus labios á los mios
La dulce persuasion se introducía
Y el hechicero ardor de tu atractivo.
HELOÏSA té amó: sigue en tu busca
Los pasos del placer no permitidos,
Sin tener de su Dios en aquel tiempo
Sino la sombra de un recuerdo frio.
Todo te lo cedí; mi honor, mi gloria
Te rendí muy gustosa en sacrificio;

Mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo,
Tu fuiste mi querer, tu mi destino,
Mi anhelo, mi placer, mi Dios, mi todo,
Todo, ABELARDO, lo encontré contigo.
Quando tu mano asida con la mia
Quisiste unir nuestros afectos finos
Con el terrible lazo de hymeneo,
Mi amor, mi mismo amor lo contradixo.
¿Qué intentas, te decia, loco amante? 3.
ABELARDO, el amor no es un delito,
¿Por qué pretendes, pues, esclavizarlo
A las tiranas leyes del capricho?
El nació puro, libre, independiente,
¿Por qué tiranizarlo y oprimirlo?
Unanse con el lazo de hymeneo
Corazones mas baxos ó mas tibios,
Mas no los de ABELARDO y HELOÏSA.
Yo encuentro en el amor, mi bien, mi alivio.
Al verdadero amor nada le altera,

Ni tiene falsedades ni desvios.
Amemos mútuamente, penetremos
El arte de estrecharnos y de unirnos,
Sepamos agradarnos, y esto basta,
Que amor ha de buscarse en amor mismo.
Imagina ABELARDO que un Monarca
Prendado en vano de mis atractivos,
Pone á mis pies el cetro y la corona,
Y que ostentando con amor rendido
Su poder, su opulencia, y su Reynado,
Se lo ofrece á mi amor en sacrificio:
Verás á tu HELOÏSA despreciando
De tanto bien el aparente brillo,
Posponer al amor de su ABELARDO,
La grandeza, el honor, y el Reyno mismo.
Tú, ABELARDO, lo sabes, de mi pecho
Solo tienes el trono y el dominio,
Solo tu corazon es mi riqueza,
La grandeza y los bienes á que aspiro.

Los títulos que inventa la fortuna
Con solo risa y menosprecio miro,
Jactándome de ser tu *enamorada.*
Si hay un nombre mas tierno si mas digno,
Que exprese mi pasion con mayor fuerza,
Ese será, ABELARDO, el nombre mio.
¡Qué dulce es el amor! ¡Qué lisongero
El ver corresponder un fiel cariño!
¿Quién mas felíz que dos finos amantes
Que en una mútua llama consumidos,
Un mismo pensamiento los aníma?
En ardientes deseos confundidos,
Sola una voluntad guia sus pasos
Por los senderos del amor benigno;
La risa y el placer los acompañan,
Siempre gozan, y siempre el apetito
Nuevo placer les muestra y nueva gloria,
Jamás su corazon se vé vacío
De la dulce ilusion de lo que adoran:

Ella preside á su placer contínuo,
Y con seguridades mil ofrece
De males y disgustos el olvido.
Dichoso aquel que ama, y mas dichoso
Aquel que vé su amor correspondido:
Dichoso aquien amor nunca abandona,
Que á solo amor es dado y concedido
El bien de hacer felices á los hombres.
Sacrifiquemos al Amor propicio,
Si buscamos el bien, que el amor solo
De la felicidad es el asilo.
Asi pensaba yo quando enojada
Y embidiosa del bien en que nos vimos,
Una mano cruel y temeraria
Profanó.... Pero basta. ¡Qué delirio!
De un golpe nos quitaron los placeres.
Indique mi rubor lo que no digo.
Dichoso si el destino que nos rige
Dexára alguna vez de perseguirnos;

Pero aún otras desgracias nos aguardan,
De un abismo corremos á otro abismo.
Acuerdate, ABELARDO, de aquel dia,
Que ante las sacras Aras ofrecidos,
Renunciando del mundo y de su pompa,
Víctimas del Amor entrambos fuimos.
Tú mismo con dudosa y débil mano
Fuiste del acto el fúnebre Ministro:
Tu me pusiste el velo consagrado:
Mis tristes ojos de penar rendidos,
Bañaron con sus lágrimas (en vano)
El habito sagrado y los cilicios;
Y el corazon de amor no satisfecho
En otro nuevo amor quedó cautivo.
El Cielo mismo oyó no sin espanto
Los votos que uno á otro dirigimos:
Las bobedas del Templo resonaron:
El Sol obscureció su hermoso brillo:
Y la luz que alumbraba á los Altares

Lució con un color triste y sombrío.
Vén, pues, lumbrera de mis tristes ojos,
Vén, ABELARDO, vén, el hado impío
No me prive tambien de tu presencia;
Que éste es el bien postrero que te pido.
Vén, y renovaremos los placeres
De solos los amantes conocidos.
De nuestro amor cautivas nuestras almas
Volverán á sus dulces estravios.
Yo me abraso: de amor el vivo fuego
Otra vez predomína en mis sentidos.
Déxame recostar en tu regazo:
Juntar tus dulces labios á los mios:
Y unidos con estrecho y tierno lazo,
Respirar un amor y un fuego mismo.
¡Qué momentos! ¿Te acuerdas, ABELARDO?
¡Qué encantos! ¡Qué placeres! ¡Qué deliquios!
¡O ABELARDO! ¡O placer! O que tormento!
¡Placer para HELOÏSA ya perdído!

Tiempo pasado ya, recuerdos tristes,
Que aumentan el dolor de mi martyrio!
¿Pero qué dices, desgraciada Monja? 4.
No, ABELARDO, no escuches mis delirios,
Otros placeres hay, otros contentos,
Muéstrame tú la senda y el camino,
Vén, sí, pero no vengas á quererme;
Vén á enseñarme como buen amigo
A postrarme á los pies de los Altares,
A dirigir mis llantos y gemidos,
Baxo la suave ley de tu obediencia,
Al Cielo de mis culpas ofendido.
Vén y piensa á lo menos que las Monjas
Que habitan este lóbrego recinto,
Un Director piadoso necesitan,
Que arregle sus diarios exercicios.
Ellas recogerán desde tus labios
La voz sagrada de su Esposo amigo,
Y baxando con docil obediencia

A tu süave voz el cuello erguido,
Se harán mas llevaderos con tu exemplo
La soledad y horror en que vivimos.
Tú fundastes estos muros, tú volviste
La soledad de inhabitables riscos
En prados deliciosos; tú dictaste
La Ley sagrada y dulce en que vivimos.
Las Vírgenes humildes que la siguen,
Sus deseos al Cielo sometidos,
Un Director piadoso necesitan
Que arregle sus diarios exercicios.
Muevante, pues, sus lágrimas siquiera,
Que yo en nombre de todas te lo pido.
¡Mas áh! ¡qué caridad tan engañosa!
¡Que ingenioso es el hombre en su perjuicio!
Yo soy sola, ABELARDO, quien te llama:
Vén, pues, de los amantes el mas fino,
De todos los Esposos el mas tierno,
Mi padre, mi querer, mí bien, mi amigo:

Tu apasionada Heloïsa no, no puede
Ni aun seguir la virtud sino contigo.
Los árboles frondosos que rodean
Los muros de este fúnebre edificio,
Cuyas cimas se pierden en los Cielos,
El lúgubre cipés, el pino erguido,
El dulce murmurar entre las flores
Del arroyuelo manso cristalino,
La diligente abeja que recoge
El nectar en las flores embebido,
El susurrar del céfiro apacible
Quando templa el ardor del seco estío,
La grata variedad, la hermosa vista
De estos bosques amenos y floridos,
Nada templa mi ardor, ni mi tormento,
Porque el funesto y triste dolor mio
Corrompe con su lóbrega influencia
La grata amenidad de aqueste sitio.
Agostase la fresca y verde yerba

Al soplo abrasador de mis suspiros,
Y la pálida flor se troncha y cae
Agoviando su vastago marchito.
El céfiro no es blando ni apacible,
Y en vez de dulces y acordados trinos
Cánticos solo de tristeza y llanto
Entonan los pintados pajaritos.
Tal es este lugar donde cautiva
Triste y ausente de mi amante vivo.
Solo soy inocente y virtuosa
Quando la ausencia de mi amante olvido.
Y al contemplar de mi virtud la causa,
Cien veces me arrepiento y la maldigo.
¿Yo sujetar mi amor? ¿Yo poner freno
A la encendida llama que respiro?
¿Y podrá hacer esfuerzo tan terrible
Un corazon tan débil como el mio?
¡Ah! que antes que el pacífico reposo
Vuelva en mi corazon á hallar asílo,

¡Qué número de angustias que me esperan,
Esperanzas, temores, y desvios!
Yo podré amar, sentir, arrepentirme,
Querer, y no querer á un tiempo mismo;
¿Y qué no podré hacer? Lo podré todo,
Menos aborrecer lo que he querido.
¡O funesto accidente! ¡O duro yugo
Que turbas la quietud de mi retiro!
¡Quién eres Holoïsa! ¿No conoces
El deber que te impone tu destino?
Entre un Dios y un amante colocada,
¿Ha de ser el amante preferido?
Oye, pues, ¡O gran Dios! mis oraciones,
Libreme tu poder de un enemigo,
A quien mi pecho resistir no puede; 6.
Y quando invoco tu poder invicto,
Mas que el exceso de mi ardiente pecho
Temo el efecto ¡O Díos! de tus auxîlios.
O amables y sencillas compañeras,

Que la santa virtud unió conmigo,
Inocentes y candidas palomas,
Que en el claustro esparcís vuestros gemidos,
En vuestro pecho solo, en vuestro pecho
La robusta virtud triunfa del vicio,
Y vuestra vida austéra y penitente
Destierra el fuego del amor lascivo.
Solo le dais á Dios el amor casto
De vuestro corazon puro y sencillo.
¡O cómo sois felices! 7. Insensibles
Al fuego impuro del amor indigno,
Serenos dias y tranquilas noches
Pasais con sosegados exercicios,
Y no perturba vuestra quieta calma
De la pasion el imperioso grito.
¡O sosegada y apacible vida!
Con quantas veras y dolor la embidio.
Al despertar de la rosada aurora
Mi corazon se abrasa en fuego vivo:

Traspone el claro Sol los altos montes,
Y no calma el rigor de mi martyrio,
Y el tranquilo silencio de la noche
Aviva mas y mas su ardor maligno.
Quando me ocupa el sosegado sueño,
Me duermo en el regazo de Cupido.
El con hermosas y ligeras alas,
Acaricia mi pecho adormecido,
Y él me recuerda las pasadas noches,
¡Memoria de mis gustos ya perdidos!
Presentaseme en sueños ABELARDO,
Oygo su voz, le veo y me imagino
Volver á recibir el placer tierno
Que el lisongero amor lleva consigo.
El pecho en nuevas llamas abrasado,
Renueva mil ternezas y cariños,
Le abrazo, y en mis venas agitadas
La agrable ilusion hace su oficio.
¡Mas ah! que quando mas lisongea

Este gusto engañoso, este delirio,
Despierto y corre la razon el velo
A mi placer soñado y fugitivo.
¡Dichoso tú, ABELARDO, en el estado
A que la sinrazon te ha reducido!
Tu sangre semejante á la agua clara
Que lleva un manso y sosegado rio
Sin fuego ni aún calor corre en tus venas,
Y con el nuevo yelo endurecido,
No tiene ya como antes en tu pecho,
Amor su region, trono, ni dominio.
Vén, pues, caro ABELARDO. ¿Por qué temes,
Si ya en tí el Dios de amor no encuentra abrigo?
¿Podrá HELOÏSA parecerte hermosa?
¿Podrá hacer revivir tu amor antiguo?
Mi corazon sensible ya conoce
Que no puede en el tuyo hallar asílo:
Y como la funesta y triste antorcha,
Que alumbra en vano los sepulcros frios,

Sin calentar las pálidas cenizas;
Asi la llama ardiente que respiro
Se alimenta en mi solo y triste pecho
De amor que no ha de ser correspondido.
HELOÏSA te adora, y tú no puedes
Compensar con el tuyo su cariño.
¿Y piensas que por eso he de olvidarte?
No, ABELARDO, no puedo, los cilicios,
Las duras leyes que detexto en vano,
La dura austeridad y su retiro
No te pueden borrar de mi memoria.
Mi corazon en llanto sumergido,
Llorando implora á Dios, y su clemencia.
La augusta magestad del triste sitio,
La presencia de un Dios, las sombras frias
De cadaveres yertos y podridos
No pueden distraer mi fantasía;
Solo tu imagen veo, solo miro
La ilusion agradable de ABELARDO.

Quando se entonan los sagrados hymnos
Ante el augusto Altar del Dios Supremo,
Solo tu voz resuena en mis oídos:
Tómo en mi mano el trémulo incensario,
Que eleva el humo denso hácia el Empireo,
Y entre la espesa nube que se forma
Que estás allí, ABELARDO, me imagino:
Tiendo en vano los brazos, no te encuentro,
Y mi deseo y turbacion maldigo.
El Templo y sus sagradas ceremonias,
La pompa de los dias mas festivos,
Nada puede fixar mis atenciones.
Póstranse los Espíritus divinos
Ante el Altar de Dios quando se ofrece
Su augusto y adorable Sacrificio:
Enmedio de los cánticos sagrados:
Quando solo se escuchan los suspiros
De alguna alma contrita y humillada:
Y de santo temor sobrecogido

El Sacerdote ofrece el holocausto,
Mi corazon cobarde y fementido
Solo á Abelardo invoca; nada puede
Apagar este ardor ni resistirlo.
¿Pero dónde me arrastra mi locura?
¿Desgraciada de mi? ¿Qué es lo qué digo?
Huye de aqui cruël, huye ABELARDO,
Que ya se acerca el plazo prevenido,
El aliento me falta:::- el tierno pecho
Conoce ya su próxîmo exterminio:
Déxame estos instantes á lo menos,
Alejate á país desconocido:
Habitemos los límites opuestos
En que el gran mundo se halla dividido:
Divida nuestro amor el mar inmenso,
Si basta el mar inmenso á dividirlo.
Quando mi alma á Dios ya convertida
Se arranque con el último suspiro,
Temo encontrar tus pasos señalados,

Que turbando mi paz y mis designios
Me recuerde las cosas ya pasadas,
Y renueven mi amor mal extinguido.
Adios placeres mios, adios gustos,
Tan gratos otro tiempo, tan queridos:
Adios errores que en mi tierno pecho
Pintó tan dulces el amor lascivo:
Acaben ya el placer y las delicias:
Apaguese de amor el fuego activo:
Y su funesta y encendida llama,
No se alimente ya en mi pecho frio.
Mi corazon á Dios se vuelva al cabo,
Pués de todo al dexarte me despido.
¿Pero qué triste voz que me intimida
Y turba el corazon despavorido?
Será:::- sí, ya es la hora de mi muerte,
Ya se me acerca el término prescrito.
Una noche velaba arrodillada
Sobre la losa de un sepulcro frio,

La moribunda luz ardía á pausas
Con un explendor pálido y sombrio:
Y apenas consumida ya la mecha,
Dió al apagarse el último estallido:
Quando de una vecina sepultura
Llegó esta triste voz á mis oidos:
„ Detente cara hermana, no te turbes:
„ Yo fuy lo que eres tú hoy; nuestro destino
„ Qué unió nuestros deseos en la vida,
„ Tambien despues de muertas quiere unirnos.
„ Yo vivi como tú, mi débil pecho,
„ De una pasion violenta poseído,
„ Se abrasó con inciertas esperanzas,
„ Que echó por tierra mi crüel destino.
„ En la profundidad de estos sepulcros
„ En silencio jamás interrumpído
„ Se ahonada el amor, la dura suerte
„ Sumerge en largo y duradero olvido
„ Sus gustos y placeres engañosos.

„ El siempre vencedor nunca vencido,
„ El orgulloso amor cede á la muerte,
„ A su guadaña pálida rendido.
„ Muere pues, mas no temas á la muerte:
„ No temas al que llaman vengativo,
„ Que es un Dios de piedad, á quien le mueven
„ Las lágrimas de un pecho arrepentido. "
O Dios, si esto es asi, si sois tan bueno,
Si mis pasadas culpas y delitos
Se borran con el llanto de mi muerte,
Venga luego el momento apetecido. 7.
¡O *Gracia luminosa*! dón del Cielo,
Virtud que nos prometes bienes fixos,
No sujetos á tiempo ni mudanza,
Acaba de una vez: cortese el hilo
A mis cansados dias, y mi alma
Trasláda á las moradas del Empireo.
Yo me muero ABELARDO, vén, no tardes,
Vén á cerrar mis ojos oprimidos

Con el pesado sueño de la muerte:
Vén, y recoge el ultimo suspiro
Con el postrer aliento de mi vida.
Y tú, quando el destino mas tardío
Ponga fin á la tuya, quando el tiempo
Marchite los preciosos atractivos,
Que tanta pena y lágrimas me cuestan,
Haz que se junte en un sepulcro mismo
Tu ya helada ceniza con la mia,
El mismo amor sobre su mármol frio
Gravará por su mano el epitafio,
Que por si algun curioso peregrino
Se llega mas de cerca à contemplarlo,
Dirá: *AQUI YACEN DOS AMANTES FINOS,*
AMOR CAUSÓ SU MAL Y SU DESGRACIA
GUARDATE CAMINANTE DE SEGUIRLOS.

EPISTOLA
DE ABELARDO.

ABELARDO

A

HELOISA.

Quién pudiera pensar que en tantos años
De penitente y retirada vida,
Tanta oracion, ayunos, penitencias,
Despues de tantas lágrimas vertidas,
Quando ya el cano yelo de los años
Va arrugando la tez de mis mexillas
¿El fuego del amor no se extinguiera?

Yo tambien algun dia lo creía;
¡Mas, cómo me engañaba! De esta calma,
De esta serenidad pura y tranquila,
Que solo cabe en un corazon casto,
Quán distantes estamos, Heloïsa!
Juzgalo por tí misma: aquesta carta
Con tanto ardor y tal pasion escrita,
Una expresion tan tierna y eloqüente,
Amor llevó la pluma al escribirla:
Solo amor es capáz de tanto fuego,
Amor dictó las expresiones vivas
Bastantes á avivar la llama oculta
Que en mi ya tibio pecho se escondia.
No hay remedio; esta llama abrasadora,
Quando en un débil corazon se abriga,
Si numen superior no la combate,
Si de nuestras miserias condolida
La potencia de un Dios no la destruye,
En vano intenta el hombre resistirla.

Yo lo sé por mi mal, no habrá recurso,
De quantos la razon persuade y dicta,
Que contra amor no llame en mi socorro:
Cilicios, oraciones, disciplinas,
Nada basta, su fuego irresistible
Es de naturaleza tan maligna,
Que quantos mas obstáculos le pongo,
Mas con la oposicion crece y se aviva.
¡Oh! ¡si pudiera yo significarte
Con que dolor me oprime y martiriza
La memoria fatal de aquellos tiempos,
De aquellas horas por mi mal perdidas,
En que un amor contento y satisfecho
A la felicidad nos conducía!
¡Engañoso camino, senda errada,
Amena en los principios y florida;
Despues, quando ya el fin se vá acercando,
Sembrada de malezas y de espinas!
Las flores que hermosean la ribera

Mil gradaciones de color varían:
Alli una fresca y éncarnada rosa
Sus olores suavisimos respira:
Mas allá un tornasol enamorado
A los rayos del Sol su faz inclina:
Una vana azucena en otra parte
Ostenta su bizarra lozanía:
Nada de esto es hermoso y agradable,
Exclama mi pasion enfurecida;
Mas bella es Heloïsa, mas hermosa,
Mas puro es el color de sus mexillas
Que la derecha y cándida azucena.
El mismo Sol que las influye y cria,
Si con sus bellos ojos se compara,
Menos hermoso y mas oscuro brilla.
Una calle formada de arrayanes
Me lleva á una distante casería,
Término regular de mi paseo,
La simple risa y el aplacer la habitan;

Una agraciada y tímida Aldeana
Gobierna cuidadosa la familia,
Los pequeñuelos hijos la rodean,
Uno con inocente y dulce risa
Pide á su madre pan, otro la alhaga,
Otro sube á la trémula rodilla
Del cariñoso padre, ella gozosa,
Y en inocentes gustos sumergida,
Reparte á todos con igual cariño,
Sus maternales besos y caricias.
¡Oh, qué escena tan triste y tan funesta!
¡Qué terribles imagenes se excitan
En un alma de amor toda ocupada!
¡O amado objeto de dolor y embidia!
¡Quién fuera qual vosotros! ¡Quien pudiera
Estrechado en los brazos de HELOÏSA,
Con el perpetuo é indisoluble lazo,
Multiplicar el ser que nos anima!
¡Qué bien habrá que pueda compararse

Con la posesion dulce y tranquíla
De un objeto tan tierno y tan querido!
Quanto producen las remotas Indias
Por un solo momento de este estado
¡Quán despreciable y baxo me sería!
¡Con quanto gusto fuera ganadero!
Con el calor por la floresta umbría,
Cantando llevaria los ganados;
O quando por la tarde el Sol declina,
De la dura labranza fatigado,
Los perezosos bueyes guiaria:
En el umbral de nuestra triste choza
Ya con la cena preparada y limpia,
Culpandome de tardo y negligente,
Solícita Heloïsa esperaria.
El sencillo querer, la paz hermosa,
Las voluntades tiernamente unidas,
El mútuo suspirar, el amor fino,
Dieran gusto y sazon á las comidas:

Y quando la callada y triste noche
Cubre de oscuro luto las campiñas,
En el seno inocente de mi esposa
La risa y el placer me cercarian."
Pero, ¡oh vanas ideas! ¡Oh ilusiones!
¡O esperanzas qué no he de ver cumplidas!
Idos lexos de mí.... ya se acabaron
El placer, los contentos, las delicias,
Los gustos que otro tiempo me sobraban:
Ya nada soy... con la venganza indigna
Que tomaron de mi mis enemigos,
Solo me agüarda el llanto y la ignominia.
Con esto me levanto despechado,
Sin agüardar la simple despedida
De la cortés y tímida Aldeana,
Que de mi turbacion sobrecogida,
Lo que es humillacion y abatimiento,
Atribuye á virtud con fé sencilla.
Otras veces absorto en mis ideas,

Sin senda que me guie y me dirija,
Me subo á lo mas alto de una peña;
De allí descubre la ambiciosa vista
Una llanura inmensa en que á lo lexôs
Se vé un camino que á mi patria guia;
La memoria confusa y agitada
Me acuerda míl imagenes antigüas
Dormidas algun tiempo; un montecillo
Me oculta con lo erguido de su cima
La morada felíz donde crecieron
Los inocentes años de Heloïsa.
Aquel es el parage, aquel el sitio,
Aquel el blando lecho en que yacía,
Quando la vez primera á mis ternuras
Rindió humillada su esquivéz altiva.
Allí en vez de las últimas lecciones
De una sábia y veráz filosofía,
Con que instruí su corazon honesto,
Las tiernas y amorosas elegías,

Que amor dictaba al eloqüente Ovidio,
Su engañoso Maestro la exponía:
¿Con qué imaginacion? ¿con quánto fuego
Al leer los suspiros de Corina
Sus ardientes conceptos expresaba?
El amor y las gracias atractivas
En su risueña boca se sentaban,
Y mientras tanto oculta y sin sentirla
La llama del amor mas abrasado
En su inocente corazon ardía.
¡Oh quántas veces el rubor sencillo
Que asomó en sus mexillas encendidas,
Daba en su rostro indicios manifiestos
Del afecto interior que producía!
¡Quantas veces atónita y turbada
Con suspiros, la voz interrumpida,
Trémula y agitada, no acertaba
Ni aún á explicar la idea concebida!
Yo te enseñé el querer, yo fuy el maestro

De la engañosa y pérfida doctrina
Que corrompió tu cándida inocencia.
Yo en vez de la pureza y alegría
Que en tu sincéro pecho se albergaba,
Sembré el error, la pena, y la perfidia.
Yo te conduxe al claustro solitario,
Donde una voluntad no persuadida,
Hizo á Dios el tremendo sacrificio
Del resto miserable de sus dias.
Un habito funesto, un triste velo
Cubre el verdor, la gala, y bizarría
Del cuerpo mas hermoso y agraciado.
Los bellos ojos, cuya luz solía
Causar embidia á tantas hermosuras,
Hoy en la tierra con dolor se fixan.
¿Qué hará mi dulce bien en este instante?
Absorta en su dolor y confundida,
¿Se habrá olvidado ya de su ABELARDO?
No; no es posible, su voluntad fina

No es capáz de olvidar, mientras el alma
Unida al cuerpo permanezca y viva.
Y aún mas allá, quando la dura muerte
Nuestro funesto ardor corte y divida,
En lo interior de los sepulcros frios
Arderán nuestras pálidas cenizas.
No hay hora, ni momento en que esta idea
No me atormente, y sin cesar me aflija,
Ni objeto en que el amor no se me ofrezca.
Voy al coro y allí la fantasía
Me representa el coro en que humillada,
Y en tu dolor absorta y confundida,
Con lágrimas amargas y abundantes
Lloras á Dios tus culpas y las mias.
Salgo á recreacion y me paseo
Por la funesta y verde pradería,
Y allí amor disfrazado en bellas formas,
Qual sierpe entre las flores escondidas,
En cada nuevo paso que voy dando

Nuevo placer y nuevo arder me inspira.
La verde yerba que côrona el prado,
Las flores que le adornan y matizan,
El arrayán á Venus consagrado,
La vid silvestre al olmo entretegida,
El acordado són que van formando
Las hojas con el viento sacudidas,
El trinar de las aves, el murmullo
De la risueña y clara fuentecilla,
Todo inspira un placer voluptuoso,
Todo al placer parece que convida:
Corre un arroyo sosegado y manso,
Que lleva su corriente dirigida
Al solitario albergue donde tiene
Su triste habitacion mi dulce amiga.
Tú eres feliz, exclamo al contemplarlo,
Tú bañas el convento donde habita
La causadora de mis tristes males:
Tú riegas las trepadas clavellinas

Que ella cultiva con su mano hermosa:
Tal vez en tu corriente cristalina,
Al declinar de la abrasada tarde,
Buscará la frescura apetecida:
Tú sabrás sus secretos mas ocultos,
Tal vez sentada en la frondosa orilla,
Sus ojos fixos en la seca arena,
En actitud confusa y pensativa
Destilarán copioso y triste llanto;
Y tal vez sin pensarlo, confundidas
Se mezclarán en tu corriente clara
Sus lágrimas amargas con las mias.
Confuso en estas tristes reflexîones
Se me pasan las horas sin sentirlas,
Y á mas andar la noche vá viniendo.
El sol alumbra á los opuestos climas,
Los astros que iluminan en su ausencia,
Con magestad parece que caminan,
Y no abandonan su inmutable asiento;

La luna â nuestro globo mas vecina
Del sol que la ilumina frente á frente
Su luz reflexa y triste nos embia;
Entonces si que en un corazon débil
Exerce la imperiosa tiranía
El duro amor de su orgulloso mando,
Y al mas ligero impulso conmovida
Con el quieto silencio de la noche,
Cede la relaxada y débil fibra.
Entonces a su mal toda entregada,
La imaginacion triste y afligida,
Separada del resto de los séres,
Solo vé los objetos en sí misma.
Por la noche suspira el triste amante,
A quien la cama blanda y bien mullida
No basta á conciliar el dulce sueño
Que de sus ojos huye y se retira:
Los importunos zelos le rodean:
De su fineza mal correspondida

La triste imagen sin cesar le inquieta,
Y entre el dolor y el llanto repartidas
Mil años, y aún mil siglos le parecen
Las horas perezosas y tardías;
Otro amante felíz al mismo tiempo
Maldice de la aurora la venida,
Porque á su amor contento y satifecho
La noche con su sombra patrocína.
Yo tambien por la noche doy la rienda
A mi imaginacion enardecida,
Y busco mil exemplos que acumúlo,
Disculpa á la pasion que me domína.
Todos los hombres aman: el salvage
Que vive sin cultura y policía,
Ama á su dulce y cara compañera.
El tostado Africano, el fiero Scita,
Y aun los irracionales tambien aman:
Ama el pez en su estancia humeda y fria,
Y por el ayre en acordados trinos

Cantan su amor las tiernas avecillas:
Sigue el leon á la leona fiera,
El ciervo á la ligera ciervatilla,
Detrás de la becerra brama el toro:
Y en los espesos árboles metida
Lamenta y gime con suspiros tiernos
Su triste amor la viuda tortolilla.
Asi quando percibe desde lexos
El olor de la yegua apetecida
Desbocado el caballo generoso
Con inquieto furor brama y relincha,
Y no hay freno que baste á sujetarlo.
El elefante y la pequeña hormiga,
El sencillo cordero, el lobo hambriento,
El sapo tardo, y la ligera ardilla,
El insecto á la vista impercectible,
Y la ballena enorme que domína
Con su extension los dilatados mares,
Todos sienten de amor la llama activa.

Amor de la sagáz naturaleza
Las varias producciones vivifica:
El reproduce en los amenos prados
Las flores apagadas y marchitas,
Y de las plantas útiles al hombre
Los dulces frutos sazonados cria:
El estiende á los séres mas remotos
Su dilatada y vasta monarquía:
Por él baxa la piedra ácia su centro,
Por él las aguas ácia el mar caminan:
El hace generoso al avariento,
Y al mas cobarde influye valentía,
Que en busca del objeto que le arrastra
A peligro mayor se determina.
Por él, el atrevido y ciego amante
Sin respetar del ronco mar las iras,
A nado lo atraviesa por la noche
Sin temor ni respeto que lo impida.
Quantos mas riesgos, mas inconvenientes,

Mas el amor lo allana y facilita.
Amor ablanda al corazon mas duro,
Y al hombre mas feróz rinde y mitiga.
Por amor llora el héroe mas valiente,
Por él la madre tierna y compasiva
Estrecha en su regazo el fruto adulto
De sus pasados gustos y alegrías.
Por él el viejo consumido y cano,
Que vecino al sepulcro ya se mira,
Vé en sus robustos hijos el apoyo
De los cansados años de su vida.
De amor es quanto vive, quanto siente
Por la virtud de amor siente y respira,
Amor es todo, sin amor no hay nada,
Todo al imperio del amor se humilla.
Si amor es, pues, tan fuerte; si en el mundo
De su activo poder nadie se libra,
Si todo se le humilla y se le rinde,
¿Seré el único yo que le resista?

Tales son mis continuos pensamientos,
Estas son las ideas que me agitan,
Y esta furia, esta llama, esta locura
No hay esfuerzo que baste á reprimirla.
Póngome en oracion y perturbado
Solo á HELOÏSA mi pasion medita;
Recojo mi atencion á la lectura,
Y en cada pensamiento, en cada linea
La historia de mi amor se me presenta,
Hasta que fatigada ya y rendida
Con la contínua agitacion el alma,
Los parpados al suelo ya se inclinan.
Tambien alli HELOÏSA me persigue;
Mil imagenes tiernas y lascivas
En que astuto el amor se me disfraza,
Vuelan en rededor de la tarima,
Donde descansa el fatigado cuerpo:
Y quando ya entre el sueño y la fatiga
Batallando, la máquina suspensa,

Ni bien despierta está, ni bien dormida:
Oygo el relox... las doce.... y á maytines
Trémula la campana nos avisa.
Vístome, y voy al coro apresurado;
La senda que á la Iglesia me encamina,
Pasa por el veciño cementerio,
Y la imaginacion despavorida
Con la terrible imagen de la muerte
El turbado cabello se me eriza.
Tódo infunde un silencio pavoroso;
Las copas lentamente conmovidas
De los cipreses fúnebres redoblan
El funesto temor que me intimida.
El importuno Carabo no cesa
Su lamentable y triste gritería:
La rana en el arroyo cenagoso
Redobla su querella repetida,
Y desde lo mas alto de la torre,
Melancólico el buho ahulla y silva.

De los tristes objetos que me cercan,
El temor las imagenes duplica,
La planta temerosa y vacilante
Pisa con miedo las cenizas frias
De tantos compañeros que en el claustro
Unió un destino y una suerte misma.
Alli descansa el virtuoso Erasto;
Su proceder, su fé sincera y viva,
Con el retiro austéro y penitente,
Venció la llama del amor maligna,
Y en su serena y arrugada frente,
Calma y tranquilidad llevaba escrita.
Aquellos son los huesos de Filandro,
Del tierno y fiel amigo á quien solia
En otro tiempo el misero ABELARDO
Comunicar sus bienes y sus dichas.
¿Quántas veces sus útiles consejos,
Quando un amor cruel me consumia,
Por un breve momento le atajaron?

Una amistad sincéra nos unia;
¡Ya murió!... ya no exîste!... mi desgrac
Hasta de este consuelo infiel me priva.
Yo tambien moriré, tambien la muerte
Cortará el hilo á mis amargos dias,
Con tanta pena y lágrimas pasados.
Quando una suerte adversa y enemiga,
Persigue al hombre desgraciado y triste,
Que solo aguarda penas y fatigas
La muerte es su recurso, en ella sola
Vé el termino felíz de sus desdichas,
Mas, ¿dónde voy arrebatado y ciego?
¿Podrá darte á entender la pena mia,
Por mucho que se empeñe en explicarlo,
La série de mis males infinita?
No, Heloïsa, no puede: Adios, b'en mio:
Otras plumas mas tiernas y expresivas
Pintarán los objetos de esta llama,
Que no se acabarán aun con la vida.

Los venideros siglos mas remotos:
Los pueblos mas distantes y provincias
Conservarán de nuestro amor la historia
En mármoles y bronces esculpida:
Servirá de exercicio á los ingenios:
Ningun alma sensible al referirla
Dexará de verter lágrimas tiernas.

Y en tanto que la dulce poesía
Tenga lustre y honor ; mientras se aprecie
a sensibilidad dulce y benigna,
á la activa pasion que nos oprime
.a especie humana se sujete y rinda,
erá eterno y durable entre los hombres
l amor de ABELARDO y HELOÏSA.

NOTAS

A LA EPISTOLA

DE HELOISA.

1. *página* 15.

Un rayo de la divina gracia alumbraba á Heloïsa para guiarla por el camino de la paz; pero la pasion exâltada se la hace perder de vista, y se entrega y abandona á sus furores. Dios castiga, cristiano amigo, el menosprecio de este dón sublíme, que su misericordia nos concede siempre en los principios de nuestros estravios, con una ceguedad que nos conduce al estremo del peligro y del pecado. Prosigue leyendo, y observa con reflexîon

los terribles efectos que esta primera falta produce en HELOÏSA.

2. *página* 19.

En efecto, sabiendo ABELARDO que Fulbert estaba furioso, por haberle robado á su querida sobrina, fue á visitarle de vuelta á París, y á prometerle, para apaciguar su cólera, dár á HELOÏSA la mano de esposo. Fulbert fingió contentarse y consintió en su matrimonio; pero HELOÏSA, ya porque quisiese mejor ser la dama que la esposa de ABELARDO, ó ya porque su penetracion previese las funestas conseqüencias de un tal matrimonio, empleó toda su eloqüencia en disuadir á su amante de aquel designio. Con todo, ABELARDO cumplió su palabra, casandose

con HELOÏSA en secreto; mas hé aquí lo que el mismo ABELARDO dice de su union, contestando al delirio de HELOÏSA. „ Es „ verdad que mudando de estado, he per- „ dido la mitad de mi mismo, una espo- „ sa querida tiernamente, y aun adorada; „ pero quando considero que tus encantos „ se marchitarán con el tiempo, y que „ ese cuerpo que parece formado por las „ Gracias se convertirá en polvo vil, me „ digo á mi propio ¡*ABELARDO*! ¡*ABE-* „*LARDO*! nada hay estable en este mun- „ do: los placeres tan apetecidos pronto „ ó tarde pierden al hombre que á ellos „ se abandona, y en vez de hacerle felíz, „ causan su desventura eterna .... El amor „ que debemos á Dios, debe sobrepujar y „ vencer al que tenemos á la criatura:

„amando á Dios y sacrificandonos por él,
„ nos espera una eterna felicidad; ¿quál
„ es la que una muger procura? La feli-
„ cidad de un instante, acompañada casi
„ siempre de remordimientos. Estas re-
„ flexîones, ó por mejor decir, estas
„ verdades son, HELOÏSA, las que me con-
„ suelan: con ellas estuve al pie de los
„ altares á prometer á Dios una perfecta
„ observancia de sus leyes. Asi que esta
„ union del hombre y de la muger, tan
„ bella en la apariencia, no es ya á mis
„ ojos mas que un camino ácia la corrup-
„ cion, quando el placer de los sentidos
„ la forma solamente. ¿Y deberé yo de-
„ cirte que solo el deseo de satisfacer mi
„ pasion fue el que me hizo casar con-
„ tigo? Tal vez habrá permitido Dios

„ que yo sufriese por mi impureza el hor-
„ rible castigo que padecí, y cuya ver-
„ güenza llevaré hasta el sepulcro. *De su carta original latina.*

3. página 21.

La misma Heloïsa confiesa que estaba ya

Sin tener de su Dios en aquel tiempo
Sino la sombra de un recuerdo frio.

El lenguage que empleó entonces para disuadir á su amante del matrimonio, es pues, el de una persona olvidada de su Dios, y que solo escuchaba sus temores y sus deseos; es el lenguage de una pasion que delira, empero muy ageno de razon, y perjudicial en estremo al estado y á la humanidad.

4. página 27.

La gracia de Cristo no la desampara jamás, aun enmedio de las ilusiones mas furiosas de la pasion que no oye sus voces, y quiere quedar satisfecha baxo el velo aparente de la direccion espiritual. ABELARDO lo conoce todo, y la responde advirtiendola del peligro. „Tú, la dice, me „convidas á pasar algun tiempo contigo, „con el pretexto de arreglar y dirigir „tu conciencia, para que enjugue tu „ojos, y te pinte todo el resplandor de „la gloria celestial, de modo que tu al„ma me abandone por su Dios; ¿pero „sabes, querida HELOÏSA, lo que me „pides y lo que deseas? ¿Que me acerque „á tí en el estado en que me hallo?....

„¡Gran Dios! Indeciso, vacilante, lleno
„de tu imagén, y fuera de mí mismo,
„¿no sería exponerme á uno de los ma-
„yores peligros, y querer perder pre-
„meditadamente el poco fruto que he re-
„cogido de mis penas y trabajos? Sí, se-
„ría avivar una llama que es de nuestro
„comun interés apagar enteramente. ¿Y
„cómo podria yo dirigir tu conciencia,
„quando apenas puedo arreglar la mia?
„¡Qué un ciego guie á otro menos ciego
„acaso que él mismo! En quanto á pintar-
„te todo el brillo de la gloria celestial,
„tienes de ella una idea tan clara por lo
„menos como yo, y mis lecciones no se-
„rian mas que un medio de encender nues-
„tro antigüo fuego acercandonos el uno al
„otro; y por lo que es abandonarme

por Dios, esta es obra suya, él solo puede hacerla, porque él solo puede convertir nuestros corazones: ¡*Heloïsa*! ¡*Heloïsa*! mira á que horrible precipicio nos conducia tu súplica, si yo tuviera la desgracia de condescender contigo. ¡Ah! Huyamos, pues como dice el Apóstol, éste es el único remedio de evitar cada uno á su comun enemigo. El pensamiento solo de una union semejante enciende en mi corazon la llama criminal que un tiempo ardia. Si la ausencia es el único remedio de los tormentos del amor, á mi me toca huir de tí para siempre, y distraerme de los voluptuosos pensamientos que tu hechicera imagen ofrece incesantemente á mi corazon llagado. En la oracion y meditacion quando no

quisiera pensar mas que en Dios, se pone en mis labios el nombre de Heloïsa, y aunque procuro olvidarte, la idea de los pasados placeres, que se presenta á mi imaginacion ocupada con tus encantos, destruye en un momento todos los propositos que acabo de hacer. Si en el templo rezo á la Virgen, cuyo auxîlio imploro, contemplando en la madre de mi Dios, y en sus divinas facciones, creo ver las de mi querida Heloïsa... ¡Qué! ¿no gozaré yo nunca de la tranquilidad que gusta el alma pura? Por esta confesion que te hago de la turbacion en que me abisma la memoria sola de tus gracias, puedes juzgar de los efectos que produciria tu presencia. Luego es prudencia, y no aborrecimiento, ni indiferencia, el no vol-

verte á ver nunca, y en esto debo darte yo exemplo.... Adios.... porque es ofender al Criador, pensar mas tiempo en la criatura. ¡Qué exemplo, qué precepto tan edificante!

5. página 28. es equivocacion.

5. página 31.

ABELARDO la aníma en este pasage y la dice. „HELOÎSA, de lo mas profundo „ de mi corazon te exôrto á que esperes „ con paciencia y resignacion el remedio „ que el Señor parece habernos prometi- „ do, si hemos de juzgar por lo que ha „ hecho ya por tí: El te ha conducido á „ un convento: te ha castigado por la „ parte mas sensible, qual es la pérdida „ de un amante, te dá todavia una pa-

„ sion que combatir, y éstas son las ar-
„ mas que pone en las manos de sus
„ elegidos, para ayudarles á conseguir
„ una completa victoria. Sufrámos por Je-
„ su-Cristo, pues que él ha sufrido por
„ nosotros: ofrece tus penas y combates á
„ este divino Salvador. " Los efectos de su misericordia son algunas veces muy tardíos; pero no por eso dexan de ser menos seguros y ciertos.

6. *página* 32.

¡Oh! cómo encanta ver envidiar á un corazon, impuro todavia, la felicidad que gozan las almas puras! Tan cierto es, que la virtud y la obediencia á la voluntad y ley de Dios hace nuestra felicidad en este mundo y para siempre. Las santas Mon-

jas que la siguen, la gozan: HELOÏSA lo vé, y exclama:

¡O sosegada y apacible vida,
Con quantas veras y dolor te envidio!

7. página 40.

La gracia de Cristo nos hace mirar á Dios, no ya como juez airado, sino como á padre amoroso, y concebirle como á amigo dulce y blando; y no como á enemigo nuestro poderoso y sangriento. *Fr. Luis de Leon.*

HELOÏSA conoce ser estos los efectos de la gracia; pero su pasion se opone á que se aproveche de este conocimiento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SALAMANCA

105 108

ARMORY